

X JORGE ICAZA

X CASA CHOLA

. En las faldas del cerro nevado, al extremo del chaquín que trepa al páramo, oculta entre chaparros de monte, pródiga en basuras y hojarasca que el viento de las cumbres arremolinan y estrella en su corredor —especie de cobertizo abierto al patio que limita con el sendero—, deteniendo sus paredes desplomadas con palos y con vigas, envejecía la casa de "mama Emilia" —conocida tortillera de ferias y caminos de la comarca—. En el interior de aquel refugio —enorme y sórdido lugar tapizado de mugre y de hollín; saturado de olores a cocina, a bodega, a establo; con escape de puerta lateral para ir a la zanja que desagua en el barranco del río—, luz crepuscular se agitaba y decrecía al capricho de la lumbre del fogón en el suelo —a veces juguetona, a veces fantasmal—. En esas llamas y en esas candelas, "mama Emilia", desde sus primeros años de casada, aprendió a ver claramente, en formas y en señales únicas para su intuición chola, para su intuición supersticiosa y atormentada —extraño poder como de bruja o adivina— las escenas trágicas donde caían —con minutos, con horas, con días de anticipación— sus gentes más queridas. Allí vio y supo una mañana —anuncio del fuego y del humo bajo el tiesto de las tortillas—, sin que nadie le de la noticia, como el árbol más alto del bosque se desplomaba en sorpresa de trampa sobre su marido, el leñador Francisco Taco. Y por eso, a la noche, cuando varios, amigos le entregaron el cadáver triturado nada dijo, nada preguntó. ¿Para qué? Todo lo sabía.

Y tres años más tarde, en la misma forma, las malditas candelas le anunciaron que, a pesar de los remedios caseros, a pesar del diagnóstico favorable de la india curandera, a pesar del brebaje del boticario del pueblo, su hijo mayor

—sustituto del difunto padre en el trabajo— moriría víctima de la fiebre palúdica que había adquirido en los pantanos del latifundio del patrón. Como siempre el fuego le anunció la tragedia, y, como siempre, ella quiso gritar pero se sintió inmovilizada por amargo éxtasis. Allí, muy cerca, casi a sus espaldas, en la cama sucia y miserable, había muerto el hijo.

De tarde en tarde también la mujer descubría en las brasas algo bueno. Allí vio una noche que el caritativo corazón de don Lauro Játiva —dueño del valle, de la montaña, del páramo, de los bosques, de los huasipungos y de las casas pobres del cholero—, no le iba a despojar del miserable refugio, amparo de sus tres hijas —dos casaderas: Rosaura y Leonor; una rapaz, Lolita—. En realidad, el "patrón grande, su mercé" en vez de mandar a sus esbirros —teniente político, policías, mayordomos, gañanes, y, a veces, el señor cura— con la buena nueva, llegó él, hizo unos cuantos chistes de circunstancia, dio algunas órdenes, se hartó de tortillas que le brindaron las mujeres, se emborrachó con chicha y aguardiente, y, a la noche, sin protestas, sin escándalo, sin remilgos, con una tranquilidad aplastante, se acostó en la única cama alta que había en el refugio arrastrando en el vértigo de su descanso —babosa luxuria de omnipotentes perfiles— a Leonor, la chola más joven de las dos hijas mayores, mientras el resto de la familia se acomodaba en silencio —espíritus saturados de inexplicable angustia —en el jergón del suelo.

A los pocos años, ni tres completos, en la misma forma brutal de la primera vez que se apoderó de una de las hermanas —borracho, exigente, grosero—, don Lauro apartó a Leonor y se acostó con Rosaura, la cual, a pesar de sus veinte y cuatro años, se hallaba más appetitosa y juvenil que la otra que había parido dos veces.

Un día, después de la fiesta de la Virgen en el pueblo, llegó el "patrón, grande, su mercé" a la casa de "mama Emilia", miró en su torno con extraño desprecio que afirmaba: "Aquí... Aquí ya no queda nadie para alegrarme la vida, carajo". Luego, murmurando maldiciones, se sentó en la banca rústica, frente a la única mesa del recinto donde solía emborracharse. Respiró profundamente. Las llamas del fogón se agitaron con débil crepitar. Los ojos atontados y enrojecidos de la vieja tortillera —se hallaba acurrucada

frente a su fogón— interrogaron de inmediato a las candelas amigas: “¿Vendrá con iras? ¿Vendrá con ganas de hacer otro guagua a las carishinas? ¡Oh! ¿Tendremos nosotros la culpa de su cólera? ¡Siempre nosotros! Cuando no es el indio, es el cholo. ¿Por quién vendrá ahora?”.

—¿Dónde está la botella de aguardiente que dejé el sábado? —interrogó don Lauro Játiva dando un puñetazo torpe sobre la mesa.

Las dos hermanas mayores que desgranaban mazorcas de maíz sentadas en el suelo, se miraron con odio venenoso y rival. ¿Cuál de las dos debía obedecer? ¿Cuál si se hallaban unidas en identidad de intereses y de sentimientos? No había diferencia para que la una pueda jugar en ventaja sobre la otra. El mismo pecado, el mismo temor, la misma esperanza, los mismos pómulos salientes, el mismo color pálido de bronce en la piel, los mismos ojos negros y esquivos, la misma boca de labios gruesos y sensuales, las mismas manos de uñas sucias, los mismos follones hediondos, el mismo desconcierto en el alma, la misma existencia mal compartida bajo el techo que amenazaba minuto a minuto venirse al suelo.

—¡Ve, Rosaura! ¡Busca pronto lo que pide el patrón! —insinuó la madre sin apartar la vista del fuego, en tono que parecía afirmar: “Es tu turno, hijita”.

Al levantarse del suelo la aludida dejó entre las mazorcas de maíz sus rencores mal disimulados, mientras murmuraba en tono de tímido reproche:

— Ya voy pes, mama. Usted también... Como si fuera no más de... ¿Acaso no sé lo que tengo que hacer?

—¿Qué estás diciendo?

—Nada, mama.

Rosaura sirvió la botella y se quedó —como era su obligación— junto a don Lauro, el cual, baboso en sus palabras, pesado en sus actitudes, alternó sin rubor grandes sorbos de aguardiente con besos y manoseos en la nuca, en los senos, en los muslos, en los brazos y en las caderas de la hembra. “Este maldito olor a chola carishina es el que me enloquece, el que me ha enloquecido siempre”, pensó el viejo dejándose arrebatar por ese ardor diabólico en la sangre que —coraje de dominio en los músculos, ansia de ternura en la vejiga, virilidad de dureza al parecer insaciable— le obligaba muchas veces a violar indias y cholitas doncellas, a tumbar mu-

jerés casadas, sin ninguna responsabilidad, sin ningún temor.

Presa de taimados celos, la chola que se quedó en el suelo desgranando el maíz, no pudo refrenar un monólogo vengativo ante la escena descarada del patrón y de su hermana. Un monólogo lleno de sarcasmo que sembraba casi inconsciente al oído del mayor de sus pequeños —mocoso de año y meses, vestido de harapos, camisa recogida sobre el ombligo, ajeno a la amargura maternal, envidioso del hermano menor dueño de la teta chirle—, un monólogo que apuntaba a ratos con la mirada encendida en odio o con el índice estremecido de angustia al “patrón, grande, su mercé”:

—Verás bien, guagüítico. Vos el mayor. Y vos también aunque no entiendas todavía. Conocerás abriendo los ojos. Este señor, caballero. Este señor, caballero que parece cuco. Este mismito es taita para ustedes. Taita diablo colorado, taita diablo poderoso. A mí también me abrazaba, pes. A mí también me besaba, pes. Igualitico a lo que está haciendo ahora. Por eso es taita de ustedes. Taita de los dos. Por eso me agarran las iras...

—Deja en paz a los chiquitos, ve. Son guaguas y no entienden las cosas de los mayores. Taita Dios ha de castigar. Envenenándoles la sangre para que más tarde devoren al cristiano. Al cristiano poderoso, pes... Al -cristiano... —advirtió “mama Emilia”—, por consejo urgente de sus candelas.

Calló la chola celosa, y mientras bajaba la cabeza de mala gana y hundía su despecho entre las mazorcas, se dijo: “Ella tiene la culpa. Vieja bruta. Mama sin corazón. ¿Por qué? Por esta casa sucia, por estas ropas remendadas, por estos palos. ¡Ah! Los recuerdos que chorrean de las paredes también, del techo con los gusanos y con el hollín... El consejo brujo de las candelas... Sólo a ella... ¡Mama cobarde! No reclamó nada a la muerte de taita Francisco. No curó como era debido al hijo que nos alimentaba con su trabajo en el pantano del monte. ¡Vieja alcahueta! Con mi pecado al cogote ha de ir al infierno... El de la carishina de mi hermana también. Mis guaguas sin taita...”.

Aquella tarde, sin aviso previo, en el momento en el cual el viejo propietario gozaba a manotazos y a carcajadas de los remilgos y los rubores que oponía la chola concubina a desnudarse en mitad de la vivienda, apareció el “patrón

chiquito", hijo mayor de don Lauro, heredero legítimo ante Dios y ante los hombres de la fortuna, de las virtudes y de los vicios del omnipotente latifundista. Réplica en joven de la arrogancia, de la crueldad y de la arrebatadora figura del viejo.

Eran tan atrevidos y fantásticos los cuentos que corrían de un extremo a otro de la comarca sobre las aventuras criminales del mozo, que su presencia cortó a pico la respiración de toda la familia chola. Sólo don Lauro se atrevió a gruñir. Y enderezando su gruesa humanidad borracha, interrogó:

—¿Qué quieres? ¿Qué, carajo?

El aludido recorrió de un vistazo el sórdido recinto sin tomar en cuenta las palabras del padre. Hizo una pausa como de burla. Clavó luego la mirada —destello libidinoso— en el cuerpo semidesnudo de la chola Rosaura, la cual, llena de susto, habíase refugiado tras de las espaldas del "patrón, grande, su mercé".

—Te he dicho que no vengas más por aquí. ¡Esto es mío! Todo mío: cielo, tierra, gentes... ¡Mío hasta la muerte! Hasta la muerte... —insistió con orgullosa obsesión don Lauro—.

Saturada en la definitiva evidencia de aquel grito gamonal, "mama Emilia" se sintió presa de una angustia y de un temor que no hallaron respuesta en las candelas. ¿Cómo debía aplacar la trágica disputa de aquellos seres poderosos? ¿Cómo debía intervenir en la furia que amenazaba cataclismo? ¿Quién era ella para...? Y todo por el deseo vil hacia una miserable chola. ¡Ah! Pero esa miserable chola era su hija.

Con gesto de desafío y de desdén a la vez, el mozo dio unos pasos hacia adelante dejando que el viejo se agote en gritos, en maldiciones y en alarde de manos crispadas. Y cuando se halló muy cerca del aliento envenenado del borracho que trataba de humillarle, murmuró:

— No te hagas el pendejo, papá. Debes pedir las letras de retiro y no hacer el ridículo. Déjame a la chola un rato. No seas tonto. Tu ya no puedes andar en esto.

—¿Qué quieres insinuar? —chilló don Lauro temblando de indignación.

Nadie había puesto en duda su hombría. Nadie le había disputado una mujer con tanta desvergüenza.

— Tú me entiendes. Le tomaré, carajo.

— ¡Nunca!

El látigo que por costumbre colgaba de la diestra del latifundista se elevó como un rayo y azotó furiosamente al mozo atrevido, quien a su vez, sin inmutarse —insensibilidad de macho en celo—, insistió en su propósito con sonrisa criminal, cínica, fría.

Entontecida de horror, loca de miedo, cubriendose los senos desnudos con las manos, Rosaura se refugió en un rincón.

— ¡Basta! —chilló entonces el mozo cambiando con violencia su actitud al parecer tranquila, y, extrajo con prontitud melodramática su revólver.

— ¿A tu padre? ¿Serás capaz de matar a tu padre?

— ¡A quién sea! ¡A quién se oponga! ¡Así me han enseñado! ¡Dámela!

“Mama Emilia”, que nunca esperó de Taita Dios semejante castigo —sangre de patrones en la casa chola—, sin mirar hacia los hombres, suplicó anloquecida:

— ¡Un ratico! Por Mama Virgencita, esperen! ¡Yo puedo!

Desgraciadamente nadie tomó en cuenta a la vieja.

— ¡Criminal! Si me matas te condenará la justicia divina, te aplastará la justicia humana. No heredarás mi poder, mi tierra, mi dinero.

— ¡Dámela!

— ¡He dicho que no!

— ¡Dámela, carajo!

Desde el suelo, con viscosa sinuosidad vengativa, la chola Leonor murmuró dirigiéndose al mozo:

— Quítale, patroncito. Quítale no más. La carishina tiene la culpa.

El empeño de “mama Emilia” por hallar la solución anticipada donde siempre la encontró, donde siempre estuvo para sus pupilas brupas, le obligó a gritar de nuevo:

— ¡Esperen!

Algo sin duda se había insinuado en el rojo vivo de los leños. Las llamas se trenzaban en infantiles formas de niña. ¿Quién podía ser la víctima? ¡Imposible!

Entre tanto, la disputa de los amos había rodado hasta el filo mismo de la tragedia. “Amos egoístas, feroces. Juegan con la muerte por una tontería, pes”, se dijo “mama

Emilia" concluyendo mentalmente con la enumeración de todas las calamidades que podían sobrevenirle si uno de ellos terminaba con el otro. "La maldición del señor cura, el desprecio de las gentes del pueblo, el despojo de la casa y de la tierra, la persecución, la cárcel para el resto de la vida".

—¡Me da la cholera o disparo!

—¡Maldito! Quieres...

Una pausa imprevista cortó la disputa. En el silencio de aquellos segundos largos y angustiosos sólo se pudo oír el crepitar del fuego:

—Uiii... Fuuu... Uiii... Fuuu...

—¿Por qué? ¿Por qué pes? —murmuró a media voz la vieja tortillera —pánico de romper el silencio— clavando con supersticiosa atención los ojos en las candelas que trazaron sin piedad la figura diminuta de la hija menor —recostada, desnuda, víctima—. "Mi guagua. Es mi guagua. ¡No! Doce años no más tiene, pes. Es lo único inocente que me queda. ¿Qué culpa tiene? ¿Qué falta, qué crimen? La pueden hacer daño. Se puede ir en sangre. Taita... Taita Diosito, ampárame".

Y al volverse hacia la realidad de la escena que se desarrollaba bajo su techo, "mama Emilia" miró con osombro que su pequeño, débil, sin zapatos, con las piernas desnudas hasta las rodillas, con las trenzas de cola de ratón hasta los hombros, con baba de tierna inocencia en la comisura de los labios, con rubor siempre cambiante en las mejillas, en los ojos, en las manos, había caído curiosa en el remolino de pasiones viles y desordenadas de las gentes mayores, e inmóvil —estatua de rubor, de la presencia inoportuna, de la falta inexplicable— en el umbral de la puerta que da a los charrados, gritaba sin gritar, miraba sin mirar, suplicaba sin suplicar que le dejen, que ella no tenía la culpa de...

—Mi guagüitica —clamó "mama Emilia" en tono de maldición y de humilde ruego a la vez. Pero le era tan difícil desviar a la maldita realidad. Con grito duro hinchándose en la garganta entendió el diálogo de las miradas de los dos hombres. Don Lauro —brillo de asombro en las pupilas— había posado sus ojos una y otra vez en la pequeña —curiosidad de imprevisto hallazgo—, y, saboreando una sonrisa que en realidad era una mueca de cínica infamia, había hecho un gesto de entrega de la víctima infantil a su rival, quien a su vez, guardándose el revólver en señal de

aceptación y de paz, se apoderó de la muchacha y le arrastró hacia afuera, hacia la alcahuetería de la zanja vecina.

Tanto la chola que ocultaba sus desnudeces en un rincón como la que desgranaba el maíz en el suelo buscaron ansiosas alguna esperanza en el rostro de "mama Emilia"—ellas por lo menos fueron hembras maduras en el atropello—. De "mama Emilia" que temblorosa, pálida y con los párpados sancochados por las candelas, parecía enunciar a su vez: "¿Qué puedo hacer yo? ¡Díganme! ¿Maldecir? ¿Revolverme como una loca? ¿Acaso no saben que ellos son los dueños de nuestro destino? ¿Acaso no saben que ellos tienen en propiedad a la justicia, a Taita Dios, al castigo, a la recompensa, a los papeles que hablan de libertad y de honradez, a todo mismo? Entonces... ¿Qué? ¿Qué, carajo?" Y volviéndose hacia el fogón con gesto enloquecido buscó una respuesta, un consejo que salve a su pequeña.

—¿Cómo...? —murmuró con voz ronca.

—Uii... Fuuu... Uiii... Fuuu...

"¿No me dicen nada? ¿Debo gritar? ¿Debo maldecir? ¿Debo echarles a la cara su corrupción?", insistió mentalmente la vieja.

En el destello diabólico que avivó en ese instante las candelas "mama Emilia" creyó oír una respuesta infernal, una respuesta que inició el diálogo íntimo entre su desesperación y el fuego:

"No puedes... Ji... Ji... Ji... Pobre mujer cargada de años, sin fuerzas, no te obedecen los músculos, los huesos.

La humilde complicidad cuotidiana te arrancó hace mucho el valor, el sacrificio".

"¡Mentiraaa!" protestó mentalmente la chola anciana sin hallar las palabras mágicas que puedan herir a sus verdugos. Luego continuó:

"¿Debo recurrir a la justicia? ¿Debo recurrir a la misericordia de Taita Dios?".

"¡Oh! Hace mucho que los tuyos se dejaron arrebatar eso que llaman la justicia de los hombres y eso que llaman la misericordia de Taita Dios".

"¿Debo matar? ¡Matar!".

"¿Con qué" No tienen ninguna arma al alcance de tu mano: ni un revólver, ni un machete, ni un cuchillo".

"Qué debo hacer, entonces?".

"Sufrir hasta que alguien de tu misma sangre y de tu mismo dolor se rebelle".

—¡Oooh! —chilló la tortillera en lo más alto de su desesperación y metiendo las manos en el fuego atrapó a las candelas para apagarlas, para estrangularias, con el ansia de quien borra su imagen envilecida en un espejo.

Ante el lamento de "mama Emilia" y ante el olor a carne quemada, don Lauro comentó en tono de desprecio:

—¿Qué le pasa a la vieja? ¿Está loca? ¿Quiere hundirse en el infierno antes de hora?

— Así mismo se pone a veces —informaron en coro las dos hijas mayores.

